

REVISTA GADITANA.

Número 29.

REFLEXIONES

SOBRE ALGUNAS DOCTRINAS

del Dr. Gall.

Ha sido en todos tiempos la union del alma con el cuerpo uno de los problemas que mas han excitado la curiosidad de los sabios: pero bien sea por el errado método que se ha seguido en este estudio ó bien quizá, y es la opinion mas probable, porque el descubrimiento que se intenta está fuera del alcance de nuestra inteligencia, es lo cierto, que hasta el dia no hay solucion satisfactoria. Sin embargo, como el estudio de los fenómenos del mundo fisico y moral no ha sido nunca del todo perdido, si el hombre no ha logrado descubrir el secreto de su misteriosa naturaleza, por lo ménos, los esfuerzos empleados para este fin, han sido causa de que adquiriera otros conocimientos que, á la manera de los destellos de una luz lejana, hacen que sus pasos sean algo mas seguros en la senda de la vida.

La química fué el término que puso limite á los ambiciosos deseos de los alquimistas; y la filosofia, tal como existe en el dia, es el fruto de investigaciones que se dirigen no ménos que á averiguar

la esencia del espíritu humano: así parece que es condicion de nuestra naturaleza el que, el anhelo de saber que nos atormenta, no se satisfaga cumplidamente, ni quede del todo burlado.

El sistema del Dr. Gall dá claro testimonio de la exactitud de esta observacion: desviándose del camino que habian seguido sus predecesores intentó, probar que el cérebro no es un órgano único, sino un compuesto de tantos sistemas nerviosos cuantas son las facultades primitivas y originales del hombre: un grupo de varios órganos, cada uno destinado á la produccion de un acto intelectual ó moral distinto: de este modo, á medida que el cérebro de un animal contiene mayor ó menor número de estos instrumentos de la inteligencia, es mas ó ménos vasta la esfera de sus facultades. Concibese fácilmente esta doctrina, atendiendo á lo que sucede con los sentidos: cada uno de estos tiene su aparato nervioso especial, y esto mismo se verifica, en sentir de Gall, con las varias facultades de la mente: la diferencia consiste en que los aparatos nerviosos de los sentidos están separados entresí, al paso que los del cérebro, reunidos en la cavidad del cráneo, ofrecen á la vista una sola masa.

Varias son las pruebas que presenta de su asercion: no es ahora del caso examinar las que se fundan en observaciones anatómicas acerca de la estructura del cérebro, porque seria menester entrar

en discusiones propias solo de los que han hecho del cuerpo humano blanco de sus investigaciones; tampoco el discutir las objeciones que se le han hecho tanto en Alemania como en Francia; el objeto de este artículo es mas limitado: ciñese solo á mostrar las pruebas psicológicas de algunas de sus doctrinas, y con esta ocasion á apuntar ciertas ideas acerca de los métodos que hasta ahora se han usado en el estudio de la filosofía.

Es sabido que, apesar de la diversidad de sistemas inventados para explicar las operaciones del entendimiento, convienen todos en calificar de facultades primitivas las que han creido suficientes para este objeto: Condillac, aunque varió de concepto mas de una vez en esta materia, enumera como tales la sensacion, la atencion, la comparacion, el juicio, la reflexion, la imaginacion y el raciocinio: Destutt-Tracy redujo á cuatro las facultades intelectuales; á saber: la sensibilidad, la memoria, el juicio y la voluntad; y Mr. de la Romiguière á tres: la atencion, la comparacion y el raciocinio: mas sea el que se quiera el mérito de tales clasificaciones, á ninguno de los filósofos mencionados ocurrió jamas, que la memoria ó el juicio fueran atributos de otras facultades: nunca creyeron que habian alcanzado á conocer no mas que la parte accesoria, si es lícito decirlo así, del entendimiento humano.

No obstante, á ser cierta la doctrina de Gall en este punto, no puede ménos de confesarse que, al calificar de primitivas la capacidad de acordarse y la de juzgar, hubieron de incurrir los que así discurrieron en un error. En efecto, la esperiencia nos enseña, que para conocer una facultad no tenemos otro medio que el de observar sus efectos; así sabemos que hay en nosotros la facultad de sentir por que sentimos; y la de

mover nuestros miembros, porque los movemos: no es directo el conocimiento que adquirimos, sino fruto del raciocinio. Tan cierta es la proposicion esta, que ella sola nos dá luz para explicar la variedad de conceptos que ha habido en distintas edades sobre los principios constitutivos de nuestra inteligencia: segun que la atencion del hombre se ha fijado en las cualidades de su espíritu, ó en los fenómenos del mundo exterior, así han sido las teorías por él inventadas: el espiritismo ha dominado en las épocas en que abundaba la fè religiosa, porque el ánimo contemplaba de continuo los fenómenos del mundo moral; la inmensidad del Criador ocupaba toda su mente; solo sentia su dependencia del cielo, y es harto limitado nuestro entendimiento para que, discurriendo por rejiones tan elevadas, quedase espacio para fijar sus miradas en la tierra: por el contrario, cuando debilitadas las creencias de los pueblos se dán estos á la satisfaccion de sus necesidades y á los placeres de los sentidos, los filósofos, que sin saberlo no hacen mas que dar razon de los hechos que pasan delante de sus ojos, han incurrido en el sensualismo: unos y otros han inculcado como dogma invariable, que la observacion de los hechos es el medio de dar con la verdad: pero ninguno ha reparado que, ciñéndose á observar solo los que le proporcionaba la época en que le tocó nacer, no hacia mas que tomar por principio universal el que era adecuado solo para explicar una de las facces de la humanidad.

Establecido como principio que el fenómeno es el que nos hace adivinar la causa: ¿qué deberemos hacer cuando, observando fenómenos que ántes no habian cautivado la atencion, advirtamos que no son adaptables á la causa que habiamos creido general? Si habiendo solo estudiado la parte que las impresio-

nes de los sentidos tienen en la formacion de las ideas, hemos adoptado la sensacion como principio único de las facultades mentales, y percibimos luego que la idea del espacio, y la de *la identidad* personal, no se acomodan á la esplicacion que nos parecia bastante para todos los hechos de la mente. ¿No será forzoso buscar otra causa distinta á estas ideas?

Esto ha sido cabalmente lo que ha practicado el Dr. Gall en la ocasion presente: sus razonamientos no son diversos de los que en el siglo XIX han usado Royer-Collard y Cousin contra la filosofia sensualista del siglo XVIII. ¿Como acontece, ha preguntado á sus predecesores, que siendo el cérebro un órgano único, observemos individuos en quienes las facultades intelectuales y activas no tienen ni un mismo grado de energia, ni de desenrollo? ¿por qué, si no es mas que uno el instrumento material del entendimiento, descansamos variando las tareas literarias? ¿qué razon hay, para que el *monómano* desvarie solo en una especie de ideas y conserve recto su juicio en todas las demas? ¿cual es el motivo de que una llaga ó una herida paralice ó exalte una facultad intelectual, y deje intactas todas las demas?

Ninguno de estos fenómenos es explicable, en el caso de admitir como primitivas las facultades que los filósofos han tenido por tales: el que siendo uno solo el órgano de la memoria haya especies que indéblemente se fijen en ella, y otras que se resistan del mismo modo á nuestros esfuerzos, sería contradictorio; y no hay que decir que esto consista en que en unas se fije mas la atencion que en otras; porque semejante argumento no haria mas que mudar las condiciones del problema, en vez de resolverlo; debiéndose explicar entónces, por qué la atencion, idéntica tambien en esta hipótesis, se

dirige con preferencia á determinados objetos.

Con la doctrina de Gall se allanan las dificultades estas. Ha contado en el número de las facultades fundamentales la de las *localidades*, la de los *números*, y la de la *música*: porque si acontece que una persona perciba y se acuerde exactamente de la situacion de los lugares que ha visto, y otra que con facilidad comprenda y retenga las operaciones aritméticas mas complicadas, es preciso deducir, que hay en la primera una facultad especial para percibir las relaciones del espacio, y en la segunda otra para las de la cantidad; habiendo en ambas imaginacion para representarse en su mente los objetos que percibieron, sin necesidad de verlos de nuevo.

Lo mismo que de la percepcion, de la memoria y de la imaginacion, puede decirse del *juicio*: la persona que hemos supuesto dotada del órgano de las localidades, juzga con suma prontitud de cuanto tiene relacion con el espacio; y la que percibe sin gran esfuerzo las combinaciones de la ciencia de los números, es claro que lo hace, porque los juicios que á estas se refieren, se le ofrecen naturalmente.

No hay quien tenga igual aptitud para adquirir toda clase de conocimientos, aunque su aplicacion sea siempre la misma: unos conservan en la memoria los nombres de los pueblos, y apenas logran comprender la teoria mas sencilla: otros se inclinan á las especulaciones de la razon, y no son capaces de seguir con fruto un curso de geografia: para algunos filósofos la atencion es el origen de todas nuestras facultades é inclinaciones; pero concediendo que en todas las operaciones del entendimiento tenga parte esta facultad, jamas podrá probarse, que de ella sola nazca idea ó afecto alguno: si así no fuera, no veriamos

de continuo, que el hombre se fatiga cuando quiere fijar la atencion en ideas, para las cuales carece de aptitud, y que por el contrario, persevera en las tareas á que su gusto le inclina.

Infiérese de todo esto, que el entendimiento con sus divisiones y subdivisiones, descubiertas ó ideadas por las escuelas de filosofia, es solo un atributo de las facultades fundamentales.

Siguiendo el hilo de los razonamientos indicados, se advertirá con cuánto motivo aseguré al principio, que el método seguido por Gall era el mismo que sus predecesores habian observado: serán mas ó ménos falaces las señales exteriores del cráneo, para acertar por ellas las facultades de los individuos; podrá tildarse de empirica la clasificacion adoptada para los órganos intelectuales: mas la prueba psicologica no pierde por eso su valor: siempre será cierto, que habiendo en los hombres capacidad para juzgar de unas cosas, y grande dificultad para hacerlo en otras, es imposible sostener, que haya un órgano particular para el juicio, que indiferentemente se ejercite en todos los objetos: existiendo, como de hecho existe el fenómeno de la diversidad, es forzoso atribuirlo á una causa adecuada para darle origen.

La proposicion que á primera vista presentaba caracteres de paradoja, examinada á la luz de la razon, se nos ofrece fundada en pruebas que, en buena lógica, ningun filósofo podrá desechar; pero, se dirá tal vez, ¿si es cierto que las que las que se tuvieron hasta aquí por facultades primitivas no son mas que atributos de otras facultades, habrá de concluirse como consecuencia necesaria, que los sistemas todos, bien sean los que adoptan la sensacion, bien los que admiten los hechos de conciencia, adolecen del vicio comun de la hipótesis, por mas alarde que hagan de no admitir mas

principios que los que nacen de la experiencia?

Esta cuestion es de suyo muy grave, para que sea fácil resolverla por ahora: apuntaré sin embargo, algunas reflexiones, por si pueden despertar la atencion de los que se dán á este linage de investigaciones.

Leyendo los libros de los filósofos se advierte, que todos se quejan de que sus predecesores hayan sustituido la hipótesis, á la observacion: Locke y Condillac, y por lo general los que en el último siglo se dedicaron á estos estudios, no cesan de decir, que el método de observacion es el único que la naturaleza nos sujiere, y que siempre que de él nos desviamos incurrimos en suposiciones gratuitas: Mr. de la Romiguere observa, que la atencion no puede ser, como pretende la escuela de Condillac, *la sensacion que un objeto hace en nosotros*, porque es imposible que un principio pasivo, cual lo es la sensacion, dé origen á un principio activo como la atencion, véase aqui claramente que el empeño de dar unidad á sus ideas hizo que Condillac apartase la mente de los hechos, y diese en la hipótesis de que tanto huia; porque de hipotético debe calificarse un principio que está en contradiccion con los hechos; sin embargo, el mismo que tan perspicaz estuvo para distinguir cuando su antecesor habia dejado deslizarse de la pluma el error, no logró preservarse de este peligro: en las lecciones de filosofia que ha publicado, sienta la doctrina, de que la atencion la comparacion y el raciocinio bastan para dar razon de todas las ideas que somos capaces de formar; que las dos últimas se derivan de la primera, y que lo que se llama *entendimiento* es una mera palabra, que significa la reunion de estas tres facultades. Mr. Cousin, en el exámen que hizo de estas lecciones, observa, que le causa repugnancia el creer que *el entendimiento* sea una voz co-

lectiva y no otra cosa; porque, si bien concibe que el estar atento es condicion necesaria para comprender, lo cual explica el célebre dicho de Newton de que *la atencion es el genio de la ciencia*, todavía le parece, que el fijar la mente en dos ideas, con mas ó ménos intensidad, y el percibir las relaciones que existen entre ellas, son dos actos distintos que no pueden nacer de una misma causa: si así fuera, comprenderíamos todo aquello en que fijamos la atencion, y la verdad es, que no es esto lo que vemos: el hecho de la percepcion se oculta bajo la sensacion y la volicion: pero no porque sea difícil el descubrirlo deja de ser cierto: *el entendimiento es una facultad especial, que tiene en sí misma su principio, lo propio que la voluntad y la sensibilidad.*

Los ejemplos referidos muestran, que el incurrir en hipótesis no es achaque especial de la escuela sensualista, ó de la idealista; puesto que vemos zozobrar en este escollo á Condillac, que todo lo explicaba por la sensacion, y á Mr. de la Romiguiere, que admitia la actividad del alma como fuente de las ideas: si no es vicio de un hombre, ó de una escuela determinada, es evidente, que tendrá su raiz en nuestra misma naturaleza; á mi ver, el modo que tenemos de formar la idea de facultad y la limitacion de nuestra inteligencia, dan razon de este fenómeno.

En efecto, hemos observado que el hecho que se ofrece á nuestros sentidos, ó á la conciencia, nos sugiere la idea de su causa: y que esta, como deducida, no contiene mas ni ménos que lo que es suficiente para explicar el hecho que la ha sugerido: mas como no sea posible que á un tiempo mismo se nos presenten todos los hechos de la humanidad entera, es evidente, que al designar una causa ó facultad, por mas bien que que-

ramos hacerlos no podrá ménos de representarse de la limitacion nuestra: limitacion que es el sello de todas las obras del hombre, y que nos revela la parte pequeña y mezquina, por decirlo así, de un ser degenerado de su primitiva esencia. De este modo vemos, que un cierto número de fenómenos mentales se explica por la sensacion; y que la comparacion y la inteligencia sirven para dar cuenta de otros á que no satisface aquel principio: los filósofos en realidad no se apartaron de la senda que debian seguir, como sin razon se echan en cara reciprocamente: los sistemas de los antiguos, que, á creer á los hombres del siglo XVIII, no tenían mas fundamento que los sueños de la fantasia, se formaron por el propio método que tanto ellos preconizan: la diferencia de los principios establecidos nace, de la que hay entre los hechos que tuvieron presentes los antiguos, respecto de los que llamaron la atencion de los modernos.

Obsérvese en confirmacion de esta verdad, que las leyes generales que descubrimos, tanto en el orden físico como en el moral (y son estos por cierto nuestros verdaderos conocimientos) no las percibimos por ningun sentido; sino que la inteligencia, de una manera que no acertaremos quizá nunca á comprender, nos las ofrece, sin darnos mas pruebas de su existencia que la posibilidad de explicar por ellas los fenómenos, que bien sea los sentidos, ó bien la conciencia, nos presentan: ¿son acaso otra cosa los torbellinos de Descartes y la atraccion de Newton? y por ventura, ¿cuando desechamos un principio por insuficiente, tenemos otro motivo que el de no bastar para el objeto á que se destinaba? y lo que es mas concluyente todavía, ¿usamos de algun medio diverso del primero para formar el que ha de sustituirle?

Esta mezcla de la hipótesis, y de la

verdad, se encuentra en todos los ramos del saber humano: Bentham observó, que no hay accion humana que no nazca del atractivo del placer ó de la repugnancia del dolor que la naturaleza nos inspira; miró á esta luz los fenómenos morales, y creyó que con dividir y subdividir minuciosamente el dolor y el placer, habia dado razon suficiente de las leyes civiles y penales, y de las reglas de la moral: las consecuencias que se deducen de sus principios, terminaban en el desórden y en el trastorno de la sociedad, y fué esto parte para que, mejor examinados los hechos de que se habia valido para establecer su doctrina, se advirtiese, que sin la *nocion del deber* eran inesplicables las acciones humanas: Boileau y Moratin no admitieron mas principios de literatura que los que nos transmitieron los griegos y romanos: el poeta español, tomando por ley universal la que era solo adaptable á una cierta especie de composiciones, no apreció como merecian á Lope de Vega, y á Calderon, porque no se habian ajustado á ellas: mejor observadas luego las modificaciones que el cristianismo hubo de causar en los afectos del corazon, se ensancharon las reglas tradicionales; porque se advirtió, que el contraste del deber y de la pasion, que es tipo de los caracteres modernos, no cabia en los estrechos limites á que los antiguos redujeron sus cuadros.

No es pues dudoso el aserto que he aventurado; pero si es condicion del entendimiento humano el vagar así de hipótesis en hipótesis, enmendando hoy los errores en que incurrió ayer, y preparando nuevos errores para el porvenir, ¿no vendrá á pararse como consecuencia de esta doctrina, en el mas completo escepticismo?

En manera alguna: porque los mismos ejemplos que he propuesto, dan evidente testimonio de que las tareas de

los filósofos nunca son del todo perdidas. Hay si una parte de error en todos los sistemas; pero hay asimismo otra de verdad, que aumenta el caudal de la ciencia humana: la *comparacion* no es el entendimiento; pero es si, requisito indispensable para que este ejerza sus funciones: ni el principio de la *utilidad*, ni el *del deber*, separados, pueden dar razon del hombre moral; combinados entre sí, no hay fenómeno del corazon ó de la conciencia que no se esplique.

Ademas, si de las regiones de la teoria descendemos á la práctica de la vida, conoceremos que no existe una sola verdad, descubierta por la inteligencia, que no redunde en beneficio de los hombres: las especulaciones mas abstrusas en apariencia, son quizá las mas provechosas. ¿Qué sería la navegacion sin las observaciones de los astrónomos, y la industria, á no ser por los descubrimientos de la quimica?

Sin embargo, en estas ciencias han abundado las hipótesis como es harto sabido: la verdad ha ido desprendiéndose del error, como el oro de los cuerpos extraños con que estaba ligado en la mina.

Tal es la condicion de nuestra naturaleza; y siendo esto cierto, y ofreciéndose en apoyo del sistema de Gall pruebas del mismo linage que las que han usado los filósofos en apoyo de los suyos, ¿podrá inferirse que la parte de verdad que se descubre en su doctrina, sea de todo punto *inútil*, ó que perjudique á las creencias religiosas?

El progreso mismo de las ideas me ha conducido á las cuestiones mas importantes que puede suscitar la doctrina frenológica. ¿La pluralidad de los órganos cerebrales, menoscaba la certidumbre de los hechos de creencia, establecidos por los filósofos espirituales? ¿Propende al fatalismo y al materialismo, la distincion de tantas facultades?

La solución de estas cuestiones requiere, como condición indispensable, el tener alguna idea del método seguido por el Dr. Gall en sus investigaciones. En otro artículo procuraré bosquejarlo, apuntando al mismo tiempo algunas especies sobre la injusticia con que se le ha tildado de materialista.

TOMAS GARCIA LUNA.

ELISA Y ALFREDO.

I.

Acababan de dar las dos de la madrugada en el reloj de la quinta de Meudon, en la que todo era silencio y reposo, excepto en el lado de los jardines, en que interrumpían el silencio frecuentes suspiros, escapados del pecho de una mujer muy linda y encantadora, de la joven Elisa de Meudon. Mas ¿qué causas la tienen sola en los jardines, á una hora tan avanzada? ¿Por qué se vé el dolor pintado en su hermoso semblante? ¿No es hija única de los señores de Meudon, heredera de sus inmensas riquezas, amada de ellos con extremo, y objeto de los homenajes de cuantos la rodean? Si por cierto; pero ¿de qué le sirven todos esos homenajes? Uno solo deseaba y ese era precisamente el que no le querían permitir.

Hallábase apoyada en el antepecho del terrazo del jardín, y tenía fijos en la corriente del Sena sus lindos ojos, humedecidos por las lágrimas; caíanle por los hombros y espalda los rubios cabellos, trenzados al estilo de Suiza, y un ligero velo blanco le cubría la cabeza y parte del bello rostro, mas blanco todavía que el velo. Apretaba sobre su corazón y besaba repetidas veces un papel que tenía en las manos, y este papel era un billete concebido en estos términos.

«Tu inapreciable bondad y tus nobles sentimientos para con todos los desgraciados, mi querida Elisa, me animan á escribirte y á rogarte que me concedas una conferencia. Tengo que comunicarte cosas

de la mayor importancia, y para hacerlo vendré embarcado por el río, á fin de hablarte junto á los muros de tu jardín, sin que nadie nos pueda ver; á las dos estarán todos recogidos y tu criada de confianza podrá abrirte la puerta que dá al jardín. Elisa, no tienes que oponerme objeción alguna. Motivos fortísimos me obligan á pedirte esta conferencia; no dejes, pues, de venir á ella, y sé, como siempre, mi Elisa, mi ángel tutelar. Si faltases, te juro (y ya sabes que nunca juro en vano) que mañana hallarían mi cadáver inmediato á tu jardín, y tu crueldad sería la única causa de mi muerte. Adios, Elisa, adios ángel mio; á las dos te espera tu

Alfredo.»

¡Ah! esclamaba Elisa estrechando la carta contra su seno. ¿Podía yo faltar? Perdonadme, Dios mio, yo no podía menos de venir; mi deber lo exigía. Mas su voz se debilitaba al pronunciar las últimas palabras, porque su conciencia, mas fuerte que su corazón, le gritaba que distaba mucho de allí el sitio á donde la llamaba el deber; pero siempre que deseamos hacer alguna cosa, procuramos persuadirnos de que no podemos menos de hacerla, y de que el deber mismo nos lo ordena. Apoyó Elisa la frente en su blanca mano, sintiéndose agitada alternativamente por el placer y el temor; mas este último desapareció completamente, cuando sintió el ruido de los remos, y vió aproximarse la barca en que venia su amado Alfredo, la cual paró debajo de los muros del jardín.

Púsose Alfredo en pié, y fijaba sus miradas de amor y fuego en la encantadora fisonomía de su amada, cuando esta le dijo con voz tierna y suavisima. «¿Por qué me has escrito esta carta tan cruel, amenazándome con tu muerte? ¿No sabes que tu existencia está íntimamente ligada con la mia, y que tu último suspiro sería también el postrero mio?

Perdóname Elisa; te conozco, y sabía que este era el único medio que tenía para que cedieses á mis ruegos. No ignoro que tu padre ha prometido tu mano al conde Lagnac y tú ¡nada me has dicho! Yo no dudo de tí ni un solo momento; pero si te reconvento de que no me lo hayas comunicado.

Temí, Alfredo, que tu genio fogoso te arrostrase á cometer alguna violencia, que nos hiciese mas desgraciados, pues yo es-

pero vencer á mi padre por medio de la dulzura.

¡Cuanto te engañas, Elisa! Jamás tu padre consentirá en nuestra unión; y te obligará á que des la mano al conde.

¡Ah! No. Antes morir; exclamó Elisa.

Para evitarlo he solicitado esta conferencia. Huyamos á Escocia, Elisa mía, y allí, al pie de los altares, me recibirás, por esposo; todo lo tengo dispuesto para la fuga; he adquirido una llave de la puerta del jardín, que sale á la parte del río, y no necesito mas que una palabra tuya para volar á tu lado y no separarme de él jamás. Aleja todo temor. Tu madre, que es un ángel como tú, nos perdonará, y tu padre llegará con el tiempo á perdonarnos. Ven, ven, no retardes un proyecto que nos promete la felicidad.

Al oír estas palabras perdió Elisa el color, y levantando las manos y los ojos al Cielo, exclamó. ¡Perdonadme, Dios mío, el sueño de ventura á que se ha entregado algunos momentos mi imaginación, y perdonad también á Alfredo! Y volviéndose á este le dijo con voz suave pero firme. ¿Qué es lo que te atreves á proponerme! Aun cuando mi padre nos perdonase, jamás me perdonaría á mí misma. Esperaba de tí que hubieses formado de mí mejor concepto.

Perdona, amada mía; te estimo mas que á mi vida, y si me he atrevido á proponerte este medio, ha sido porque conozco que es el único que nos resta para ser felices.

La felicidad jamás puede habitar junto al crimen, y antes quiero mil veces que seamos desgraciados, que no criminales. Pero ¿por qué hemos de perder la esperanza? Mi padre cederá al fin á mis ruegos y á los de mi buena madre.

¡Ceder tu padre! ¡Ay Elisa! No lo conoces, y sin duda ignoras que la ambición y el egoísmo son la base de su carácter. Perdóname; debía respetarle porque es tu padre; mas es necesario que te hable claro para que conozcas bien las dificultades que se oponen á nuestra unión. Tu padre es borbonista, y si no ha estado emigrado ha sido por no perder las riquezas que posee en Francia; odia á mi familia porque sabe que mi padre y yo somos republicanos; nos gloriamos de serlo, y no trocaríamos su antiguo blason por el nuestro, que debemos únicamente á nuestros hechos, y nos desprecia á pesar de nuestra riqueza porque no la

hemos heredado, sino adquirido con la espada.

Basta, Alfredo. Es mi padre y debes respetarle, sino por él, á lo ménos por mí. Vuelvo á decirte, no obstante todas esas reflexiones, que mi padre estima á su esposa, que el abate Anselmo, mi confesor, tiene con él un grande influjo debido á su virtud, y que habiéndome prometido que será nuestro apoyo, estoy segura de venderlo todo.

Elisa, queria evitarte este golpe, mas ya veo que es preciso no ocultar nada para convencerte. Ayer pidió mi padre al tuyo tu mano para mí; mas le contestó que habia dado su palabra de honor al conde de Lagnac y no podia faltar á ella. Mi padre por complacerme se humilló á rogar altu- yo; mas el orgulloso señor de Meudon no cedió, por que solo quiere que seas esposa del conde, que le conviene porque es como el borbonista.

Ah! exclamó Elisa suspirando. ¿Con qué está perdida toda esperanza?

No, mi querida Elisa, no; sígueme y seremos felices.

Por compasión, Alfredo, no me propongas semejante cosa; duelele de mi aflicción y no la graves mas, pues nunca podré acceder á lo que me pides.

Está bien, Elisa. Mi pasión cede á tu imperio; me retiro; pero antes quiero me jures que solo serás mía, que despreciarás al conde, y que me escribirás, pues este será un alivio que disminuirá en parte mis sufrimientos.

Te juro, querido Alfredo, que solo seré tuya; y te prometo escribirte; mas con la condicion de que mi madre ha de ver tus cartas y las mías. Y hincando una rodilla en tierra y levantando al Cielo sus lindos ojos continuó. Perdonadme, Dios mío, el juramento que acabo de hacer sin consentimiento de mi padre, y el haber cedido á los ruegos de Alfredo prometiéndole nuestra unión.

Alfredo la contemplaba admirado, y no pudo ménos de decir. Hasta ahora, Elisa mía, te he amado con pasión; mas en este momento me pareces un ángel á quien solo es dado adorar y respetar. Tu virtud te ha hecho sublime, muger encantadora, y ella te da la fuerza necesaria para sacrificarte; conserva siempre esa virtud, que, si en algunos momentos me atormenta, es también el lazo mas fuerte que á tí me

que. Arrodillóse como ella, y exclamó; Dios mío, escuchad los ruegos de mi Elisa, haced que sea el ángel tutelar que domine mis pasiones, y que me guíe hacia vos. Y levantándose, prosiguió. Adios, Elisa mía, no te olvides de tus promesas, y ámame como yo te amo.

Marchó la barca, y Elisa fué siguiendo hasta el ultimo momento á su querido Alfredo. Volvióse despues á su cuarto; mas en vano procuró descansar; la esperanza que queria mantener en el corazon de Alfredo se desvaneció luego que se vió sola, porque sabia que su padre habia empeñado con el conde su palabra, y que jamas faltaria á ella. Esto mismo no lo habia querido decir nunca á Alfredo, porque, conociendo su pasion y su genio ardiente, temia un desafio entre él y el conde, y si bien era conocido el valor de Alfredo, su conciencia se horrorizaba con la idea de poder ser la causa de la muerte del conde. No amaba á este ciertamente; pero tampoco le aborrecia, pues no era posible aborrecer á un hombre como él, que era un sugeto honradísimo. En la afliccion en que Elisa se hallaba, escribió á Alfredo, pidiéndole, en nombre de su amor, que nunca por causa de ella, desenvainase la espada; ni jamas provocase á desafio á hombre alguno, á no ser que le ofendiesen en su honor, y añadia, que la prueba de amor que acababa de darle, le conferia su derecho á pedir esto, tanto mas, cuanto se horrorizaba con el simple pensamiento de que pudiera ser causa de una muerte; asegurábale que jamas su mano perteneceria á un hombre que se hubiese manchado con la sangre de sus semejantes; y concluia haciéndole mil protestas de amor, y diciéndole, que esperaba conseguirlo todo por el cariño de su madre y el influjo del abate Anselmo, si bien esto lo decia únicamente para consolarle, pues ella estaba bien segura de que su suerte se hallaba decidida, y se veia condenada á la desgracia.

Volvió, sin embargo, á hablar al abate, mas este le dijo, que cuando habia prometido apoyarlo era por ignorar que el Sr. de Meudon tuviese empeñada su palabra; mas luego que lo habia sabido, habia sido el primero á decir, que seria preciso no tener honra y ser perjuro para faltar á la promesa; que por tanto, no tenia otro remedio que callar y obedecer. Elisa le oyó y calló, no atreviéndose á decirle que tam-

bien estaba dada su palabra de honor, y el Cielo habia escuchado sus juramentos.

El abate Anselmo era un hombre virtuoso; pero acaso demasiado rígido, y valiéndose del influjo que ejercia sobre el espíritu del Sr. de Meudon, le habia reprendido por haber dado su palabra, sin haber consultado ántes á su hija; mas al propio tiempo le habia dicho, que una vez dada, no debia faltar á ella; porque como Elisa era una niña, y el santo hombre nunca habia conocido la fuerza de las pasiones, se persuadia, de que el tiempo y las distracciones la harian olvidar el amor que sentia por Alfredo. Quería á Elisa como un padre, y como siempre la habia conocido llena de candor y timidez, no podia figurarse que debajo de aquella timidez se ocultaba un alma llena de amor y de ternura.

Hallábase Elisa entregada á la mayor agitacion, pues los dias pasaban y Alfredo, no solamente no le escribia, sino que ni aun habia contestado á su carta; conocia que era incapaz de engañarla y se persuadia de que, no queriendo acceder á sus deseos, por eso no respondia. Pensaba con remordimiento que Dios la castigaba por haber acudido á la cita nocturna de Alfredo, y en vano la consolaba su madre; pues su salud delicada no pudo resistir á tantas conmociones, y cayó peligrosamente enferma. Su madre escribió luego á Alfredo, refiriéndoselo todo, y este, fuera de sí, contestó á Elisa accediendo á cuanto ella le habia pedido, acusándose de ser un bárbaro y no tener fuerza bastante para vencer sus pasiones, pidiéndole mil perdones y asegurándole su eterno amor.

Luego que Elisa recibió esta carta, se tranquilizó su espíritu, y decia á su madre; Dios se ha compadecido de mi afliccion y me ha perdonado. La calentura fué desapareciendo y se restableció en pocos dias. Su padre, loco de contento por su mejoría, no sabia que hacer para celebrar su restablecimiento; queria mucho á su hija, y si la obligaba á casarse con el conde, era porque equivocadamente, suponía hacer con esto su felicidad. Sabia que su hija amaba al jóven Alfredo; pero imaginaba, que con el tiempo desapareceria aquella pasion, y juzgando por su alma de la de su hija creia, que luego que fuese condesa y se viera rodeada de homenajes, no se acordaria mas de Alfredo, y le agradecia el haber

hecho su felicidad. Si él hubiese imaginado que darla al conde era causar su muerte, no hubiera pensado en tal cosa, y la habría concedido á Alfredo, haciendo por ella cualquier sacrificio; mas por desgracia conoció la verdad demasiado tarde.

El Sr. Meudon anunció á su hija que iba á dar un baile para celebrar su restablecimiento, y convidó para él á Alfredo y á su padre, pues el de Meudon era demasiado político para dejar de convidar á unos hombres tan conocidos en la comarca, y que no hubieran sufrido impunemente un desaire público. El día de San Juan, del año de 1801, en que celebraban los días del Sr. de Meudon, estaban magníficamente colgadas é iluminadas las salas del hermoso palacio del mismo nombre, y se hallaban reunidas en ellas mas de mil personas. Cuando Elisa se presentó, conducida de la mano por su padre, se oyó en toda la sala un murmullo de aplausos; ¡tanto arrebatada su hermosura! Vestida con un traje de plata sobre otro de raso azul claro, con los cabellos trenzados y adornados con perlas y diamantes, estaba tan hermosa, y su fisonomía tenía tanto de divino, que parecía que no perteneciese ya á la tierra, y que fuese un ángel en figura de muger.

De repente, vieron sus ojos á Alfredo, que la contemplaba en un éxtasis de placer, y perdiendo el color se quedó inmóvil y fria la mano que traía unida á la de su padre; mas esto no duró sino un momento, pues al instante volvieron á presentarse las rosas en sus mejillas, á espesarse en sus ojos el fuego de la ternura, y á ponerse ardorosa su mano tanto, que su padre no pudo ménos de notarlo, y le dijo en voz baja. ¿Cómo es posible que debajo de tanta timidez ocultes un alma tan ardiente? Ella bajó sus ojos y nada respondió. El Sr. de Meudon fué á sentarla al lado de su madre, y al punto se formó un círculo alrededor de ella. Sentíase alegre, no porque la rodeasen aquellos homenajes, sino porque Alfredo estaba junto á ella, mirándola trasportado de ternura y amor, y este, á pesar de ser en extremo celoso, no podía ménos de envanecerse al pensar que todos la adoraban y solo él era correspondido y amado. Mas ¡ay! la pena sigue muy de cerca al placer, y este iba á terminar para Alfredo.

El padre de Elisa se aproximó á ella trayendo del brazo al conde, y le dijo. El conde desea que le hagas el obsequio de ser su pa-

reja esta noche todas las veces que bailes; y no atreviéndose á suplicártelo, me encargo yo de hacerlo por él, y espero, hija mia, tu consentimiento. Elisa perdió el color y nada respondió, mas el Sr. de Meudon se volvió al conde y le dijo. Mi hija acepta con placer, ¿no es verdad Elisa? y la dirigió una severa mirada. La jóven trémula articuló mal un sí, que apenas se oyó, y no se atrevió á mirar á Alfredo, cuyos ojos respiraban furor, dirigiéndose al padre de Elisa y al conde; mas estos ó no advirtieron, ó fingieron no advertirlo, y se separaron de allí.

Pocos minutos despues, empezó á tocar la orquesta y el conde vino á ofrecer el brazo á Elisa que se levantó: atreviéndose esta entónces á mirar á Alfredo, y viendo el furor pintado en su semblante, se apartó prontamente de allí, recelosa de que Alfredo la siguiese y provocase al conde á un desafío. Con este pensamiento, resolvió hacer todo cuanto estuviese de su parte para no tener que recelar por la vida de su amante, y para conseguirlo, fingió que oía con gusto todo cuanto el conde le decia, acogiendo sus palabras con graciosa sonrisa. Alfredo, sin que Elisa le viese, lo observaba todo, lleno de rabia y de celos, teniendo encerradas en su pecho todas las furias; y acusándola en su corazon de infiel y perjura. Si hubiese oído la conversacion no hubiera pensado así, porque el pobre conde no hablaba de amor, que era sentimiento demasiado elevado para él, y su conversacion no recaía sino sobre cosas indiferentes. Terminada la contradanza iba á sentarse Elisa, cuando el conde le pidió que diese con él un paseo, y ella cedió, persuadida de que este era tal vez el único medio de impedir alguna desgracia, alejando al conde de Alfredo; mas este, luego que los vió pasear juntos, no pudo contener sus celos por mas tiempo, y con el objeto de vengarse de la infiel, fué á sentarse al lado de Enriqueta de Equivilles, una de las señoras mas hermosas que habian concurrido al baile, y entabló una animada conversacion con ella.

Lisongeadá Enriqueta con los obsequios de un jóven de tanto mérito como Alfredo, escuchaba con gusto los elogios que le hacia, sin saber que los debía tan solo á los celos que tenía de otra, y aun notó complacida, que al pasar Elisa les miraba á él y á ella como con admiracion. Al cabo de un rato se sentó Elisa enfrente de Alfredo y Enriqueta, sin temer ya desafío alguno,

ni acordarse siquiera de ello, y Alfredo, satisfecho de ver que le observaba, continuó diciendo mil finezas á Enriqueta, que contestaba á ellas con aire risueño. Elisa los observó por bastante tiempo seria y triste; no quiso bailar mas, y vió que Alfredo bailó con Enriqueta, y en seguida vino á sentarse á su lado; entónces se agarró ella al brazo de otra señora, y sin que Alfredo la viese, fué á apoyarse en una columna que habia detras de la silla de este, quien, no encontrándola ya en frente de sí, se volvió, la vió pálida y turbada, y oyó que con voz que indicaba el mayor desden y desprecio, y que le dejó aterrado, le dijo; Alfredo, eres como todos los demas; é inmediatamente se retiró de allí. Alfredo quedó por un momento inmóvil, mas al fin, se escuchó con Enriqueta lo mejor que pudo, de tener que retirarse, y sin oír siquiera su respuesta, se levantó y fué siguiendo á Elisa, que se dirigió á un gabinete donde no habia nadie, y donde luego que se vió sola se sentó junto á una mesa y apoyó en la mano sus pálidas mejillas. Alfredo se aventuró á entrar y acercándose sin que ella lo sintiese, puso una rodilla en tierra, y cogiéndole una mano exclamó. Perdóname querida Elisa, perdona á tu Alfredo que solo á tí ama. ¡No me respondes! ¡Vuelves tu hermoso rostro! ¡Ah! No me vuelvas á decir con aquel sonido de voz que mata, *eres como todos los demas*, porque si lo hicieses te juro que moriría aquí á tus pies. Habla, Elisa, por piedad; habla, que me mata tu silencio.

Volvióse Elisa hácia él, no pudiendo resistir tanta conmocion, y empezó á derramar lágrimas que caían en las manos de Alfredo, el cual, entregado al mas vivo transporte de amor, besaba las lindas manos de Elisa, y le pedia que su voz confirmase el perdón que le anunciaban sus lágrimas.

Te perdono, Alfredo, contestó Elisa; mas no puedo resistir á tan fuertes emociones; me has hecho sufrir mucho y es forzoso que me retire á descansar. Ahora no puedo decirte mas,

¡Qué! ¿Vas á recogerte y dejar el baile?

Sí, Alfredo, no puedo continuar aquí, porque necesito sosiego. Mi madre me disculpará con mi padre, porque sabe que mi salud está todavía delicada.

Pues me retiraré yo tambien y te escribiré mañana. ¿Me prometes hacer otro tanto? ¡Ah! tu crueldad me haria el hombre mas desgraciado.

Alfredo se retiró tambien del baile, pues todo le era indiferente no estando allí su amada Elisa, la cual se recogió en su habitacion, mas no pudo sosegar, pensando con sentimiento que Alfredo no era ya digno de su amor, pues no era el hombre sublime á quien habia juzgado tan diferente de los demas.

(Se continuará.)

EL ULTIMO PLANTAGENET.

(Año de 1485.)

I.

Era la noche del 21 de Agosto: la escasa luz de la luna alumbraba el campamento de Ricardo III de Inglaterra, situado á un lado de la llanura de Rosworth: en tanto que la parte opuesta la ocupaban las huestes de Enrique de Tudor, conde de Richemont, único tallo que quedaba de los gefes de la *Rosa encarnada*. La noche estaba serena, y no parecia precursora de los horrores de que habian de ser testigos aquellos campos al día siguiente. En los dos ejércitos se notaba igual animacion. Los feroces ojos de Ricardo parecian querer salir de sus órbitas. Los soldados se ocupaban en limpiar y afilar sus armas, para pelear hermanos contra hermanos, amigos contra amigos, y saciar con sangre la ardiente y rabiosa sed de los partidos.

II.

En medio del campo de Richemont se elevaba una magestuosa tienda. Sentado en un sillón, y teniendo delante una mesa cubierta de papeles con mal trazadas líneas, se mostraba en su interior Enrique. A sus lados se veian sus oficiales, cubiertos de brillantes armaduras, y dos soldados prohibian la entrada.

A una señal del conde todos se sentaron y él habló así: (1)

(1) Todo lo que sigue es histórico.

«Amados compañeros de armas. Llegado es el día de purgar la Inglaterra de un criminal, que por medio de delitos llegó á ser Rey de ella; dos años de oprobio son bastantes para castigar la adhesión de un parlamento vendido, que declaró adúltera á la madre, á instigación del hijo. La sangre de Eduardo V, del duque de York, del de Buckingham y de otros muchos, pide venganza y la tendrán; yo prometo verterla hasta la última gota de la mia en tan justa demanda ofendería á mis fieles compañeros si dudara de ellos. Soy joven; pero al ponerme á vuestra cabeza, juré extinguir al pérfido que desconoce las leyes naturales; al asesino de su padre y hermanos, al envenenador de su esposa; y espero que Dios me favorecerá. Preparaos para el alba al combate, que ha de ser sangriento y cruel, puesto que no va en ello mas que la felicidad de nuestra patria.

III.

Al día siguiente 22 de Agosto de 1485, se dió la batalla de Rosworth, entrando en la lid 12.000 hombres, á las órdenes de Ricardo, y 6.000 á las de Richemont.

Ricardo III para manifestar á sus soldados, que peleaban bajo las órdenes de su rey, y contra un traidor, se puso la corona en lo mas recio del combate, y desafió á su contrario. Este era el momento que ansiaba lord Stanley, ofendido por Ricardo, y que se mostraba neutral. Se pasó á las filas de Richemont, y decidió la victoria en favor de este. Ricardo, á quien su valor no abandonó, se metió entre sus enemigos y recibió una muerte mas honrosa que la que merecía. Esta batalla dió fin á las desolaciones de las dos Rosas y á la raza de los Plantagenet, ó príncipes de York.

IV.

El duque de Richemont, coronado bajo el nombre de Enrique VII, reunió por su matrimonio con la sobrina de Ricardo, los derechos de las dos casas de Lancastre y York; viniéndole el trono, no por su esposa, como algunos quieren, sino por su madre Margarita de Somerset, como él mismo lo declaró.

Así concluyeron las calamidades políticas de la Inglaterra en aquella época, para dar lugar á las religiosas, que empezaron en el reinado de Enrique VIII se-

gundo de la casa de Tudor, que fueron mas encarnizadas aun que las primeras. Hasta cierto punto dijo con motivo un escritor. «La historia de Inglaterra debe escribirla un verdugo.»

B. BLANCO.

El zapatero y el Rey.

Drama en 4 actos del Sr. Zorrilla.

El autor de *Cada cual con su razon* se ha presentado nuevamente al público con una produccion mas, añadiendo una hoja á las muchas que de laurel tenia en su frente. Ambicioso por adquirir un nombre, lo ha conseguido completamente, y en nuestro concepto, no han de ser efímeras sus obras, como las de otros muchos poetas sus contemporáneos.

El Sr. Zorrilla ha abierto nuestra historia y ha elegido un reinado fecundísimo en acontecimientos; lo ha estudiado bien, ha medido sus alcances y ha tomado su pluma para escribir un drama en que D. Pedro el Cruel tuviera la mejor parte, y apareciese como soldado mas valiente que prudente capitán.

Aficion mostró el autor hácia el asunto sobre que ha hecho girar su drama, cuando ya en el *Semanario Pintoresco* publicó un romance con el título de *el Rey en la procesion*, y fundado tambien en el argumento mismo de su nueva obra. Si ha conseguido ó no el objeto de presentar dignamente al Rey D. Pedro en la escena, como en una previa dedicatoria indica haber intentado, esto los críticos lo dirán mejor que nosotros. Tenemos un casi respeto al Sr. Zorrilla: no nos creemos capaces de juzgarle, y el drama tiene abundantes bellezas: razones todas que, unidas á la modestia y mérito del autor, nos impiden hacer un análisis detenido de su obra, aunque no de esponer algunas reflexiones que acerca del desempeño nos ocurren.

Peligroso es haber de luchar con las reminiscencias de un autor célebre, y constituirse rival suyo en cierto modo: solo el genio puede superar la veneración hácia la antigüedad de que habla Plinio, y que tan racional encontramos, especialmente cuan-

do hay motivo para tal acatamiento. Solo el genio puede emanciparse de todas las reglas, porque para él no las hay, constituido como se halla en legislador. Por eso Hartzembusch se burló de la regla que ahora asentamos, al mejorar notabilísimamente la pasión trágica de los *Amantes de Teruel*, que autores de mérito habian tomado por asunto de sus dramas.

No era, empero, igual el caso en que el Sr. Zorrilla se encontraba. Moreto habia escrito su *Rey valiente y justiciero*, haciéndolo pasar triunfante á la posteridad. El público conocia este drama, y su índole, ó su mérito, ó circunstancias particulares acaso, lo hicieron favorito de los artistas mas acreditados. La lucha, pues, era desigual; la victoria mas dudosa; primer inconveniente del *Zapatero y el Rey*.

Bien delineado nos parece el carácter de D. Pedro en el drama de Zorrilla; pero nos parece mejor todavía en el de Moreto. En este es.... *valiente y justiciero*; no sabemos con qué adjetivos podamos calificarle mejor; pero en aquel es temible, sardónico, sagaz y valeroso. En el de Moreto es justo por naturaleza, sin ser cruel; en el de Zorrilla es severo por necesidad, sin ser grande. En el primero, es mas caballero, en el segundo, es mas Rey. Ambos no obstante, son mas bien justicieros que tiranos.

Otra razon hay para que, en el drama del autor moderno salga en D. Pedro mas desfavorecido que, el del antiguo. Hay en el primero cierta Doña Aldonza Coronel, caracter bastardo y odioso, y cuyo padre pereció vendido

par mandado del rey, y en una torre á una muger le dieron su cabeza.

Los proyectos de venganza de la Coronel despiertan á cada paso la atencion hécia la crueldad de D. Pedro, lo cual le favorece bien poco, á decir verdad.

El drama en general es lánguido, y por interes que tenga carece de movimiento. No es en nuestro concepto una de las composiciones que mas honor hacen á nuestro moderno repertorio, como en la corte se ha dicho. Nutrese principalmente con la proyectada venganza del hijo de un zapatero, con la conspiracion de los nobles y de Doña Aldonza, con los disfraces y ardidés del rey. Todo esto no basta, y como no hay mas personaje que absorba la atencion, sino este ultimo, y este no puede desplegar sino furti-

va y oblicuamente su carácter; de aquí se deduce, que el drama no es de aquellos que ponen en juego grandes pasiones, ni que producen grandes efectos. No es *Margarita de Borgoña* por su interes, ni el *Trovador* por su desempeño.

El disfraz que el rey adopta para oír con él lo que á cierto májico debia decirse, nos parece que, aunque productor de bellezas y de buenas situaciones, no es del mejor gusto. El espectador sabe lo que en realidad debia ignorar, se rie de los torpemente engañados y se admira de la generosa confianza que con él tiene el Rey. El público, en nuestro concepto, debe saber *casi siempre* tan poco como el que ménos de los personajes dramáticos. Si de todo se halla enterado, aquella escena en que se trate de engañar ó desengañar á cualquiera, la tendrá él por nula, ó al ménos, irá ya previendo los afectos que en ella hayan de espresarse.

Por lo que hace al ardid de Doña Aldonza, que se deja enamorar del Rey para dirigir mejor contra él los tiros de su venganza, diremos, que ignorando su legítimo esposo tan osada determinacion, arriesgó mucho el honor de ámbos, á lo ménos temporalmente, bien que ella se conforma fácilmente con esta idea; y hablando de su *honor*, cuando los conspiradores se preparan á vengarla, dice con imponderable maestría:

¡Guzman! tiempo há que á réditos le puse. Y hoy que á crecida cantidad llegaron, justo será que los emplee y use.

Pasemos á la versificación: esta es fluida, numerosa y natural, como no podia ménos de suceder siendo de Zorrilla. No quisiéramos, sin embargo, que hubiera dejado por corregir ciertos lunarcillos, que solo son reparables en las manos de un crítico; pero que á poca costa pudieran desaparecer: tales son, entre otros, el hacer consonar á *luz* con *virtud* y colocar algunos asonantes próximos en medio de consonancia.

El language es bueno en general; pero parece que el autor, ó ha equivocado el carácter de D. Pedro (que no lo creemos) ó ha pensado realzarlo con la vulgaridad de algunos conceptos y comparaciones, que citaremos: *Dan en tierra de narices; pies de plomo necesita esta aventura: si habla mucho le acogoto; eh, largo de aquí;*

¿Quién es este zafio; mas lo corregí bien listo; idos y callad el pico. Todo esto lo dice un Rey: téngase presente.

En nuestro concepto, deben evitarse, cuanto posible sea, tan bajas expresiones, aunque salgan de la boca de quien realmente debe emitir las; es licencia poética muy concedida, y que el poeta debe adoptar en beneficio suyo.

Si con tal franqueza, rigor é imparcialidad hemos notado los que defectos nos han parecido, justo será que citemos con placer, pero en resumen, las bellezas de que abunda el *Zapatero y el Rey*.

Es bello casi todo el primer acto; dramática la muerte de Diego Perez el zapatero, cuya lengua calla para siempre, cuando impaciente D. Pedro esperaba oír de ella una declaración; es arrogante la respuesta de este, que á las voces de *Castilla por D. Enrique!* replica con entereza: *Castilla por Pedro, el cruel;* son característicos casi todos los monólogos que D. Pedro tiene; y son valientes y oportunos en fin muchísimos pensamientos, entre los cuales descuella este del segundo acto;

Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia;
que tan hombre es en conciencia
como el rey el zapatero.

Y el siguiente de la segunda parte del cuarto acto:

Yo haré que mi reino quede
con honra como español,
y haré ver que solo el Sol
tenerle debajo puede.

Esto es inimitable, y digno de un privilegiado autor.

Réstanos aconsejar al Sr. Zorrilla (y nuestra misma rigidez nos pone á cubierto de parecer aduladores) que desoiga á los que, como un buen escritor de la corte, le aconsejen el abandono de la carrera dramática. Puede hacer mucho en ella, ya lo ha hecho: tiene talento, tiene españolismo, tiene facilidad, y sobre todo, hierve en sus venas la sangre de la juventud. El que así principia, puede ser un Lope en el número de sus obras, y un Calderon en el mérito, sin que nos pongamos ahora á discutir si el género de Lope y Calderon ha muerto para siempre, ó debe resucitar.

De la ejecución nada diremos: fué descuidadísima, y lo que es peor, no entendida. A escepcion del actor que representó á Blas, el cual hizo laudables esfuerzos y estudió su papel; todos estuvieron flojísimos y eclipsaron, como cuerpos muy opacos, algunas de las bellezas que la obra contenia. Habríamos de ser muy largos si diésemos á los actores los consejos, que su representación nos sugirió. Otro día lo haremos y por hoy (pasando á otra cosa) diremos al Sr. Zafrané, que «mi política es muy buena pero á su tiempo,» como un literato dijo al mismo propósito que nosotros. Decimoslo, porque á un aplauso que no sabemos quien lo obtuvo, si el poeta ó el actor, se mostró este tan agradecido, que no pudo ménos de hacer una cortésia al público, sin acordarse de que entonces no era Zafrané, sino D. Pedro el Cruel que salía del escenario, y que ningun punto de contacto tenia con el público de Zaragoza, ni con el siglo XIX.—G. B.

(De la AURORA.)

BOLETIN.

CAUSA DE UNA DEVOTA.—Ana Payer, jóven y hermosa y vestida con aseo, de aire modesto y ojos bajos, fué presentada á la policía como prevenida de un delito contra el cual protestaban desde luego su aire y el conjunto de toda su persona. Los agentes de policía la habian sorprendido en la calle Croix-des-Petits-Champs, arrodillada, con un crucifijo y un rosario en la mano, y rezando: cubierta la cabeza con una rodilla y con tres ó cuatro velos de diferentes colores que le caian sobre los hombros y el rostro.

El presidente. ¿Qué teneis que responder á lo que han depuesto los agentes? Ana Payer. Que cuanto han referido estos Señores es la pura verdad; sí, yo estaba arrodillada en medio de la calle, tenia en mis manos un crucifijo y un rosario,

y rezaba; pero no pedía limosna, porque no necesito de ella: mas bien me encuentro en estado de hacer bien á otros, que de recibirlo de nadie. Nada pido á la tierra, y no imploro mas que al Cielo, para que me dé su gracia y virtudes necesarias para salvarme. Sé que mi proceder puede haceros pensar estoy loca; pero me comprendereis con lo que voy á descubriros.

En una vision que he tenido, me ha mandado Dios que me ponga un cilicio y me humille. Para practicar esta penitencia, y deseando acercarme á los Sacramentos con la humildad y disposiciones convenientes, me he impuesto la obligacion de arrodillarme en mitad de la calle en diferentes puutos, y rezar mi rosario, cubierta la cabeza con un saco, y en la actitud de arrepentimiento y compuncion. Los Señores agentes de policia me han sorprendido de esta suerte y me han preso; yo los perdono de todo corazon, y aun les doy gracias porque me han dado ocasion de sufrir por mi fé; me han espuesto á la risa de los escribas y fariseos, preparándome de esta suerte la corona del martirio, objeto de mis suspiros y de mis mas ardientes deseos.

En virtud de la defensa de Mr. Chicosneau, que supo sacar partido de los elementos religiosos en que abundaba la causa de su cliente, Ana Payer quedó absuelta y libre.

LOS LADRONES EN LA FONDA.—Ha ocurrido últimamente en Londres, que un personaje ricamente vestido y con muchos brillantes en los dedos, y cadenas de oro sobre el chaleco, entró en uno de los primeros *restaurantes* de *West-End* y pidió una comida suntuosa. Caza, pesca, vinos generosos, de todo hizo gran consumo el petimetrisi-

mo Anfitrión, y los mozos se refocilaban con la perspectiva de la propina. Estaba el Milord en los postres, y acababa de consumir su segunda botella de *Champagne*, cuando se vió entrar en la sala un oficial de justicia, acompañado de un guarda de policia, y preguntaron al gastrónomo si no se llamaba Thompson. En virtud de su respuesta afirmativa, hicieron aproximar un coche simon, que llevaban á sus órdenes, metieron en él al elegante, y dieron orden al cochero de ir á *Bowstreet*, (la policia) Al propio tiempo dijeron al fondista que fuese él á poco rato, y que allí se le pagaría el gasto que aquel hombre hubiese hecho. Acudió este con su cuenta en la mano... ¡Pero que chasco!... Todo era una burla; y el que comió, y los agentes de policia que fueron á sacarle de la fonda, todos eran unos: es decir.... rateros de los muchísimos que hay en Londres.

NAPOLEON.—En el sitio de San Juan de Acre Bonaparte recibió una prueba de afecto decidida y heroica al último grado. Hallándose un día en la trinchera, cayó una bomba junto él, dos granaderos que estaban allí cerca corrieron á ponérsele delante, y levantando los brazos en alto, le cubrieron enteramente hasta que hubo reventado la bomba; felizmente ninguno de los cascos se dirigió hácia aquella parte y quedaron ilesos los tres. Uno de aquellos dos valientes granaderos llamado Daumesnil llegó á ser despues general; perdió una pierna en la campaña de Rusia y mandaba la plaza de Vincennes cuando los aliados entraron en Francia en 1814. Ya habia algunas semanas que estos ocupaban la capital, y Daumesnil siempre se mantenía firme sin querer entregarse. Su obstinacion y la única respues-

ta que daba á todas las intimaciones de rendicion que se le dirigian, eran el asunto de las conversaciones en Paris. «Cuando me volvais mi pierna, que quedó allá en los campos de Rusia (decia) en tónces os entregaré la plaza.

SOCIEDAD DE BESTIAS.—Acaba de formarse en Paris, en la ciudad que pretende ser la mas ilustrada del mundo y la mas civilizada de la tierra, una sociedad de bestias!

Esta sociedad se ha creado en contraposicion de las de ciencias y literatura, por odio á los que las profesan. Las principales condiciones para ser admitido en ella, son: no haber dado jamas á la imprenta ni al teatro, una frase ni una linea, no asistir sino á los vaudevilles, ó á los bailes, no tener en su casa otro impreso que el almanak, no haber procurado acertar ni una charada, no estar abonado á ningun diario, no leer mas que los anuncios y carteles, y estos con moderacion; no cantar jamas, ni citar, ni decir versos, ni coplas, ni frases, ni máximas, ni sentencias, ni discursos; en una palabra, estar convencido de que un hombre de razon no debe abrir la boca sino para comer.

Esta sociedad no recibe ningun periódico, ni tolera otro juego que el de la boca.

El objeto de la sociedad es comer lo mas frecuentemente que se pueda, por lo que siempre está puesta la mesa: no celebra sus sesiones sino en ella, y ha establecido por principio, que el hombre no es mas que una máquina para masticar los alimentos: de consiguiente, no cree en la inmortalidad del alma.

La sociedad de las bestias se ha instalado en magníficos salones, y ha tenido ántes de ayer su primera sesion: la comida ha durado nueve horas, desde las siete de la noche hasta las cuatro de la

mañana, á la que asistieron cuarenta socios, los que no hicieron mas que comer y beber, pues apenas se pronunciaron diez ó doce palabras por persona.

Todo el que no sabe leer, es de derecho socio honorario; pero lo pierde en cuanto aprende á unir dos silabas. Las señoras están escluidas de la sociedad.

Los periódicos de Paris anuncian que aquella capital va á quedar sin compañía italiana de ópera, pues que, á fines del mes de Marzo, todos los grandes artistas que la componen se marchan á varios puntos de Europa. Algunos émulos de Rubini han querido suponer, que este famoso tenor se retira del teatro porque ha perdido algo de fuerza en la voz; pero un periódico asegura, que el verdadero motivo de su retirada es el que tiene ya en el día una renta anual de 100,000 francos, y que es marques romano.

POESIAS DEL SOLITARIO.

DADAS A LUZ

Por Don Serafin E. Calderon.

Los amores de la aldea.—*Letrillas.*—*Letrillas moriscas.*—*Odas anacreónticas al mar.*—*Romances galantes y pastoriles.*—*Sonetos.*

Estas poesias del Solitario, escritas en variados y agradables metros, han tenido mas que mediana boga, y boga ciertamente merecida: se encuentra en la edicion una pureza poco comun: el estilo es por lo general apropiado á los diversos objetos que se propone el poeta, ademas de ser vigoroso y elegante: los pensamientos son originales en muchas ocasiones y aun atrevidos.

Buena lectura ofrece este libro para toda clase de personas.

Está de venta en la librería de Hortal y compañía.

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA, calle de la Torre, esq. á la del Jardinillo.